

DeCi y BeLiA
Aprendiendo y concienciando
Narraciones y cuentos.
Abogado del Ruido

CUENTO IV:

DeCi y BeLiA

En:

“CON QUE POQUITO..”

La tarde de verano era calurosa y llena de luz. Llegaba a todas partes el dulce olor a naranjo y limonero que desprendía el cuidado arbolado circundante a la parcela. La compañía de su amiga Anne hacía que el discurrir del día fuera perfecto para BeLiA. Mientras jugaban a distintos juegos en la trasera del la enorme casa de campo de su amiga, las horas pasaban rápidamente. Los cinco días que pensaba estar en el campo de Anne era una de sus grandes ilusiones estivales.

La casa era la de un típico caserío del Norte. Vivienda bien pertrechada para el frío invierno pero dotada de espacio verde, zonas de sombra e incluso una pequeña piscina para el disfrute en tiempo de mucho calor.

Anne contaba con varios animales entre los que se encontraban periquitos, un diminuto hámster y su gran amigo Bruno. Este último era un perro encantador, dócil obediente y siempre dispuesto a responder a las extravagantes exigencias infantiles de los pequeños. Juegos, carreras... era un divertimento constante en la casa, quedando

exhausto muchas veces, acudiendo ahora con mucha mas asiduidad a su pequeño rincón del patio. Allí encontraba su pequeño refugio y su siempre bienvenido bebedero.

Cuando se hizo de noche, las estrellas y la luna aparecieron en el cielo. La lejanía a la ciudad, unido a la ausencia total de nubes, hizo que mientras las dos se encontraban sentadas en el muro elevado que circundaba la parcela, desde donde se divisaba toda la finca y las casas cercanas de las fincas vecinas, apareciera frente a ellas una hermosa paleta de estrellas en el cielo.

Ambas boquiabiertas ante los infinitos puntitos blancos que había en el inmenso tapiz negro que configuraba la noche casi cerrada, empezaron a buscar parecidas formas uniendo las numerosas estrellas. Todos los animales, juguetes y amigos parecían estar esbozadas por esos puntos en el cielo.

¡Mira BeLia, un coche, una bicicleta! Dijo Anne.

¡No, mira, una trompa de un elefante! Dijo BeLia

La tranquilidad y silencio, enriquecidos con el suave susurro de las hojas mecidas por el viento, se vieron alterados por unos cortos pero constantes ladridos que procedían de las inmediaciones de la casa. En ese instante, BeLia requirió la atención de Anne diciéndole: “Anne. Tenemos que ponerle comida y agua a Bruno, seguro que por eso está ladrando”.

Anne, negando rápidamente con cabeza y sin darle mayor importancia a los ladridos, continuó construyendo formas conocidas en el conjunto estelar. Una vez hubieron descubierto todos los objetos que su imaginación alcanzó, volvieron a la casa. Los ladridos continuaban, no siendo muy continuos pero sí fuertes y vigorosos.

Tras cenar y dar las buenas noches a todos, ya en su cama, BeLia volvió a escuchar los ladridos de Bruno una y otra vez. “¡No puede ser! ¡Bruno continua ladrando!” Dijo BeLia en voz baja. Decidida, se dirigió a la cama de Anne, la cual ya se encontraba casi dormida. La zarandéó con ambas manos mientras le decía. “¡Anne, Anne! Bruno sigue ladrando. ¡Vamos!. No le hemos dado de cenar ni de beber a Bruno. Así dejará de ladrar.”

Anne se levantó y sin decir nada, con gesto entre resignado y adormilado, cogió de la mano a BeLia y ambas se dirigieron, con las luces apagadas, escaleras abajo. Antes de salir Anne le dijo a BeLia “Pero te digo que Bruno tiene cuanta comida y agua necesita. Es la luna y las estrellas las que le hacen ladrar. Ahora verás”.

Accedieron por la puerta trasera de la casa al rincón de Bruno. Fue aparecer y Bruno ya les estaba esperando. Mostraba su alegría moviendo su rabo de un lado a otro. Una vez recibió las caricias, Bruno cesó en sus ladridos mostrando, cuerpo y hocico en suelo, una gran tranquilidad. Anne se dirigió a Bruno diciéndole, “Venga, a descansar todo el mundo”. Él, al igual que ellas se había ganado un más que necesario descanso tras el ajetreado día que habían tenido.

Anne dejó a Bruno en el interior de su amplísima casa, propiciando el sosiego del animal, volviendo a quedarse una hermosa noche a la que solo acompañaba un suave y agradecido viento fresco.

Una vez de vuelta y ya en sus respectivas camas, con el silencio como compañero, BeLia le dijo a Anne: “Ahora sí que podremos dormir. Los tres”.